
Baldomero y sus soldados

Era una pequeña posición, guarnecida por veintiocho hombres; veinte del laureado Batallón de Las Navas, siete de la Compañía de ametralladoras de posición y uno de Intendencia. Al frente de este puñado de valientes (que valientes fueron, como se verá) estaba el veterano Sargento de Las Navas don Baldomero Martínez.

El día 31 de agosto fué atacada la aguada, con tal violencia, que tras defenderse los de protección de dicho servicio, bizarramente, tuvo que suspenderse el hacer aguada.

La posición, situada en una colina dominada por altos picachos del Este y del Oeste, era un día y otro atacada furiosamente con intenso tiroteo por el enemigo situado en las barrancadas.

Los días transcurrían sin que cesara el asedio de los moros, el cual era cada vez más tenaz, y era de todo punto imposible salir de la posición, so pena de ser achicharrado por el fuego enemigo.

El Sargento, usando de toda su prudencia, no contestaba al fuego enemigo, como no hubiese probabilidad de aprovechar bien los disparos. Sólo cuando los moros se acercaban a las alambradas amenazando asaltar la posición, se dejaban oír los disparos de los defensores de la misma.

El día 6 de septiembre se terminó el repuesto de agua.

Los soldados se brindaban todos voluntarios para salir a traer agua desde la aguada, situada a 200 metros de la posición, y por un camino más propio de cabras de monte que de seres humanos. Pero el Sargento, tras estudiar la situación, no permitió la salida de la posición a individuo alguno.

El calor abrasaba y no había en toda la posición ni una gota de agua.

No era posible condimentar la comida, careciendo de agua. Y de sardinas y galleta (que pan, tampoco podían hacer) se alimentaron aquellos siervos de la Patria, hasta que la galleta se terminó también, ocasionando un nuevo conflicto.

Sólo disponían de tocino y sardinas, como rancho en frío. Pues el café, azúcar, garbanzos, judías y arroz, sin agua, eran incomedibles hasta cierto punto.

Ante la imposibilidad de vivir sin agua y vistas las dificultades para proveérsela, pidió el Sargento voluntarios para salir de noche, burlando la vigilancia enemiga, a la aguada, por algunas latas de este líquido.

Todos en masa querían ir; pero el Jefe (que Jefe era en aquellos momentos) dispuso que salieran tres, sorteados entre los veintisiete voluntarios que se brindaban.

Arrastrándose como serpientes de una mata a otra y de una peña a otra peña, lograron los tres valientes llegar a la aguada y regresar a la posición con tres latas de agua, sin ser vistos por las guardias moras, por cuya intermediación tuvieron que pasar.

—Ya tenemos agua para tres días—dijo el Sargento, ante las tres latas, a las que todos miraban, fascinados por la sed, como a un tesoro.

En seguida distribuyó Martínez un pote de medio litro a cada uno, que lo sorbieron con la avidez que es de suponer.

A la mañana siguiente, presentóse al Sargento Martínez un soldado, exponiéndole:

—Mi Sargento: Usted recordará que en el “pelado” que se ve allí—marcando un punto a unos cincuenta metros—, enterramos el mes pasado tres cajas de galleta que la Junta de Sanidad calificó de “inútiles”. Pues bien: algo de útil tendrán aún. Si usted me da un vaso de agua, voy a desenterrarlo y traigo lo que pueda.

—Pero ¿no ves que el enemigo te puede matar? ¿Y cómo te vas a arreglar, sin picos ni palas, para desenterrarlas?

—Con un machete cavaré la tierra, y con este saco traeré lo que encuentre.

—¿Y si te matan?

—Nunca ocurrirá más de lo que Dios quiera. Usted me da un vaso de agua y voy ahora mismo.

—Toma el vaso de agua, muchacho; y vosotros—a los demás—, todos al parapeito, con las armas dispuestas.

Fué el soldado; cavó con el machete la tierra; extrajo el saco casi lleno de galleta y tierra mezcladas, y, entre una lluvia de balas del enemigo, regresó a la posición, a la cintura el machete y el saco a cuestas..., sin novedad.

Con aquellos trozos de galleta, mitad podridos y mitad terrones, garbanzos tostados, tocino rancio y sardinas que se pasaban de saladas... y las latas de agua que traían de la aguada, burlando la vigilancia mora, amparados en la oscuridad de la noche, siempre voluntarios, iban viviendo aquellos verdaderos soldados de la Patria.

El moro seguía atacando y estrechando el cerco cada vez más, decidido a asaltar la posición.

Era de ver (digo, mejor de no ver) la audacia y tesón de aquellos cientos de andrajosos armados hasta los dientes, empeñados en copar el pequeño reducto que tan duro les costaría de roer.

"*Yala campamento*", vociferaban todos, y al frente de ellos un "tío repugnante", que por toda vestidura llevaba un saco con un agujero en el fondo, por el que metía la cabeza, y dos en los ángulos, para meter los brazos. Ni más vestido, ni prenda de cabeza, ni calzado alguno. Era el que, al frente de todos, vociferaba más: "*¡Yala campamento, yala campamento!*"; hasta que una bala certera de los de la posición le haría cosquillas, y empezó a chillar: "*¡Gualo campamento!*", corriendo hacia la cabila como un desesperado.

Otro moro hubo que con una corneta, que por cierto la tocaba muy mal, llamaba a los moros "de montaña" (como dicen ellos de los que se dedican a la piratería, al robo y a la guerra), para que acudieran a hostilizar a la posición.

En una sesión de pedradas con que desde la alambrada obsequiaban a los nuestros, encontró justa muerte el corneta musulmán, con el no menor obsequio de una granada de mano con que los de la posición le correspondieron. Ya no hubo más sesión de corneta ni de pedradas.

Otro moro hendía los aires con un pito como los que usan los Oficiales de nuestro Ejército, y tras los "pitidos" nueva sesión de tiros, amenazas y hasta piedras, con hondas algunas veces.

Los aeroplanos echaban, desde lo alto, hielo y otros paquetes; pero ¡era tan difícil soltarlos de manera que cayesen en un reducto tan pequeño como la posición! Todos o casi todos caían fuera de ella, y a bastante distancia algunos. Entonces los moros ponían los bultos arrojados de parapeto, haciendo burla a los sitiados.

Muchas veces aquellos invictos soldados proponían a su jefe:

—Mi Sargento, ¿quiere usted que vayamos a recogerlos?

—¡Pero si ahora los moros tiran con mayor furia que nunca!

—No importa—decía uno—; usted me da un vasito de agua, que tengo mucha sed, y yo voy en seguida a traer uno de ellos. Verá usted cómo no me pasa nada malo.

Ante el valor del soldado y la lástima que le daba al Sargento la sed que el pobre muchacho padecía (como la padecían todos, desde el mismo jefe de posición), le daba el vaso de agua: "Toma, y que Dios te guarde."

De esta manera fueron recogiendo una parte de los bultos que los aeroplanos arrojaban.

Y así fueron viviendo casi de milagro (pues hubo ocasión que de los 28 defensores del honor de la Patria, 27 yacían con elevada calentura, y sin más alimento que garbanzos y judías tostados y un pote de medio litro de agua para cada veinticuatro horas).

Pero al oírse la voz del Sargento Baldomero (como le llaman cariñosamente los soldados), ordenar: "¡Al parapeto!", no había quien no acudiese al momento. No había enfermos entonces; el que no podía caminar, acudía arrastrándose; pero cada cual permanecía, empuñado el fusil, junto a la arpillera que tenía de antemano designada.

Ni por un momento flaqueó el ánimo de Baldomero, ni el de sus subordinados, en un asedio de veintitrés días, sin víveres, ni medicamentos, ni medios de comunicación, ya que la línea telefónica la habían cortado los moros.

Y cuando recibió Martínez la orden de evacuar la posición, de la manera que (como conocedor del terreno) mejor juzgare, esperó la noche, inutilizadas las municiones que constituían el repuesto, y con todos sus hombres y sus armamentos abandonó la posición con el mayor sigilo, teniendo que atravesar las guardias moras, que de tanto en tanto soltaban algún "paco" a la posición, sin que fuese notada su marcha. Y llegaron, tras una marcha a través de matas y barrancos, y después de cuatro horas y pico de arrastrarse por el suelo como reptiles, a la posición intermedia de la evacuada y el campamento general, a las cinco de la madrugada, sin que se dejaran cosa de valor alguno; llegando todos, los sanos y los enfermos, y trayéndose todo: armamento y dotación de cártuchos. Hasta los que, extenuados por el hambre (que eran todos) y por la fiebre, que les impedía estarse de pie en el parapeto, teniendo que hacer su guardia sentados o recostados, fusil en mano, dióles Dios fuerza suficiente a la hora de la evacuación para llevarla a término con sus compañeros más fortalecidos.

Hoy, el Sargento Baldomero se encuentra entre nosotros, sus compañeros, que nos honramos con su compañía, y sus valientes soldados, afeitado el rostro y vencida el hambre, se pasean ufanos, contando las peripecias que sufrieron, como si relataran un cuento de las *Mil y una noches*.

Compañeros: Os presento al Sargento don Baldomero Martínez, honra de nuestra clase abnegada, al que abrazo de parte mía y de todos.

ANTONIO PLANELL TORRES

Sargento de Infantería.